

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

2 de septiembre. 22º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Subir a lo alto

Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Sirácida 3,17-18. 20.28-29

Salmo 68,4-7.10-11

Hebreos 12,18-19. 22-24

Lucas 14,1.7-14

Llegamos al banquete de bodas celestial por la vía de la humildad y de la caridad. Esa es la instrucción paternal que escuchamos en la primera lectura de este domingo y en el mensaje del Evangelio.

Jesús no está hablando sólo de buenos modales para la mesa. Está revelando el camino del reino, en el cual quien sea el más grande ha de ser el servidor de todos (cfr. Lc 22, 24-27).

Este es el camino que Él nos enseña al humillarse a venir y estar entre nosotros como hombre, (cfr. Flp 2,5-8), como alguien que sirve, como el portador de buenas nuevas para los pobres (cfr. Lc 4,18).

También es el camino que el Padre nos ha mostrado a lo largo de los siglos en colmar a los hambrientos, despedir a los ricos con las manos vacías, levantar a los humildes, derribar a los soberbios (cfr. Lc 1,52-53).

El salmo de esta semana nos recuerda del Éxodo: cómo Dios en su bondad guió a los israelitas de la cautividad a la prosperidad, hizo llover pan del cielo, les hizo su

heredad convirtiéndose en “Padre de los huérfanos”.

También ahora hemos logrado tener un parte de su heredad. Hemos de vivir humildemente, sabiendo que no merecemos comer de su mesa (cfr. Lc 6,7; 15,21). Hemos de dar limosna, recordando que hemos sido rescatados del pecado por el precio de su sangre (cfr. 1 Co 6,19-20).

El Señor nos promete que si somos humildes seremos exaltados y encontraremos el favor de Dios; que si somos generosos con quienes no pueden pagarnos lo que deben, compensaremos nuestros pecados y encontraremos bendición en la resurrección de los justos.

La epístola de esta semana nos dice que en cada Eucaristía anticipamos el cumplimiento de esas promesas. En la Misa entramos en la asamblea festiva de los ángeles y los primogénitos de Dios, en la liturgia de la Jerusalén celestial donde Jesús es el sumo sacerdote y el Rey que nos invita a subir a lo alto (cfr. Pr 25,6-7).

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

9 de septiembre. 23º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

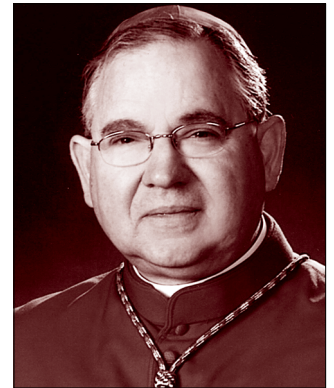
Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Considerar el precio
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio

Sabiduría 9,13-18
Salmo 90,3-6.12-17
Filemón 1,9-10.12-17
Lucas 14,25-33



Como un rey que se prepara para batalla o un constructor que está a punto de construir una torre, cuando nos disponemos a seguir a Jesús debemos considerar el precio de lo que ello implica.

En las lecturas de esta semana, Nuestro Señor nos dice francamente el sacrificio que exige seguirle. Sus palabras no están dirigidas a sus pocos escogidos, los Doce, sino a las “grandes multitudes”, a “todo aquel” que quiera ser su discípulo.

Eso hace que su llamada sea de lo más intransigente y duro. Hemos de “odiar” nuestras viejas vidas, renunciar a todas las cosas terrenas en las que confiamos, para escogirlo a Él por encima de toda persona o posesión. De nuevo nos dice que las cosas que tenemos –incluso nuestros lazos y obligaciones familiares– pueden convertirse en una excusa, un obstáculo que nos impide darnos completamente a Él (cfr. Lc 9,23-26; 57-62).

Jesús nos trae la sabiduría de salvación que se nos promete en la primera lectura de este domingo. Él es esa Sabiduría que salva.

Sobrecargados por nuestras preocupaciones terrenas, por los

agobios de nuestro cuerpo y sus necesidades, nunca podríamos ver más allá de las cosas de este mundo ni detectar jamás el designio celestial ni las intenciones de Dios. Por eso, en su misericordia, nos manda su Espíritu, su Sabiduría de lo alto, para allanarnos el camino hacia Él.

Jesús mismo pagó el precio para liberarnos de la pena impuesta a Adán, que recordamos en el salmo de esta semana (cfr. Gn 2,7; 3,19). Ya no será una aflicción el trabajo de nuestras manos; ya no estamos destinados a volver al polvo.

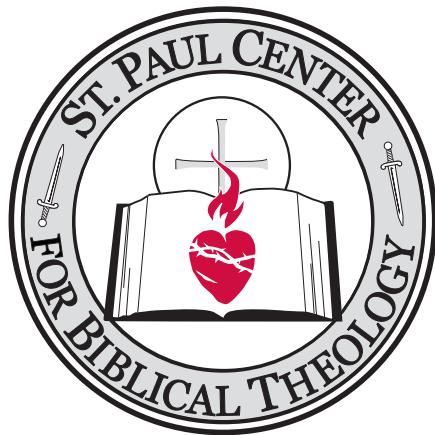
Como Onésimo en la epístola de este domingo, hemos sido redimidos; se nos ha dado una nueva familia y heredad; hemos sido convertidos en hijos del Padre, hermanos y hermanas en el Señor.

Ahora somos libres de venir a Él, de servirle; no somos más esclavos de las ataduras de nuestras vidas pasadas. En Cristo, todo nuestro ayer ha pasado. Vivimos en lo que el salmo describe bellamente como el amanecer de su bondad. Por él se nos ha dado sabiduría de corazón, se nos ha enseñado a calcular nuestros años correctamente.

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

16 de septiembre. 24º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Buscando a los perdidos
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Éxodo 32,7-11.13-14
Salmo 51,3-4.12-13.17.19
1 Timoteo 1,12-17
Lucas 15,1-10

El episodio de la primera lectura del domingo ha sido llamado “el pecado original de Israel”. Liberado de la esclavitud, nacido como pueblo de Dios en la Alianza del Sinaí, Israel se apartó de sus caminos y cayó al adorar un becerro de oro.

Moisés implora la misericordia de Dios, como Jesús intercederá después por toda la raza humana; como ahora, sentado a la derecha del Padre, aboga por los pecadores mediante el ministerio de la Iglesia.

El pecado de Israel es el pecado del mundo. Es tu pecado y el mío. Aunque hemos sido rescatados de la muerte y convertidos en sus hijos por el Bautismo, caemos en las trampas de los ídolos de este mundo. Seguimos siendo un pueblo “de dura cerviz” que se resiste a su Voluntad, como un buey rechaza la yunta del labrador (cfr. Jr 7,26).

Como Israel, en nuestro pecado intentamos alejar a Dios, rechazamos nuestra filiación divina. Antes, Él nos había llamado “mi pueblo” (cfr. Ex 3,10; 6,7). Pero nuestro pecado nos hace “no pueblo”, pueblo que Él en justicia debería repudiar (cfr. Dt 32,21; 1Pe 2,10).

Sin embargo Dios, por su

misericordia, es fiel a la alianza que juró por Sí mismo en Jesús. En Él, Dios viene a Israel y a cada uno de nosotros, como pastor que busca los que se han perdido (cfr. Ez 34,11-16), para conducirnos de vuelta al banquete celestial, a la herencia perpetua prometida mucho tiempo atrás a los hijos de Abraham.

“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”, grita Pablo en la epístola del domingo. Esas son las palabras más felices que el mundo ha conocido jamás. Por Jesús, como Pablo mismo testimonia, incluso el blasfemo y persecutor pueden buscar misericordia.

Como los pecadores del Evangelio de esta semana, nos acercamos a Jesús para escucharle. En esta Eucaristía le traemos el sacrificio agradable del que cantamos en el salmo de hoy: nuestro corazón contrito y humillado.

En la compañía de sus ángeles y santos, nos alegramos porque ha borrado nuestras ofensas; celebramos con Él que hemos regresado del camino malvado para que pudiéramos vivir (cfr. Ez 18,23).

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

23 de septiembre. 25º Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Administradores prudentes
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Amós 8,4-7
Salmo 113,1-2.4-6.7-8
1 Timoteo 2,1-8
Lucas 16,1-13

El administrador que aparece en el Evangelio del domingo se enfrenta con la realidad de que no puede seguir viviendo como lo ha hecho. Está siendo enjuiciado, debe dar cuentas de lo que ha hecho.

Los explotadores de los pobres, en la primera lectura de hoy, también están a punto de ser derribados, empujados de pedestales (cfr. Is 22,19). Los servidores de Mammon o del dinero están tan enamorados de las riquezas que reducen a objetos a los pobres, desprecian las lunas nuevas y sábados: las observancias y días santos de Dios (cfr. Lv 23,24; Ex 20,8).

Su única esperanza es seguir el camino del administrador. Él no es modelo de arrepentimiento, pero hace un cálculo prudente: usar sus últimas horas como encargado de las propiedades de su amo, para mostrar misericordia a otros, para aliviar sus deudas.

Es un hijo de este mundo movido por motivos completamente egoístas: hacer amigos y ser bienvenido en los hogares de los deudores de su amo. Sin embargo su prudencia es alabada

como un ejemplo para nosotros, los hijos de la luz (cfr. 1 Ts 5,5; Ef 5,8). También debemos darnos cuenta, como el administrador, que lo que tenemos no es realmente nuestro, sino que pertenece a otro, a nuestro Amo.

Todo la riqueza del mundo no podría saldar la deuda que le debemos a nuestro Amo. Por eso Él la pagó por nosotros y dio su vida como rescate por todos, como escuchamos en la epístola de este domingo.

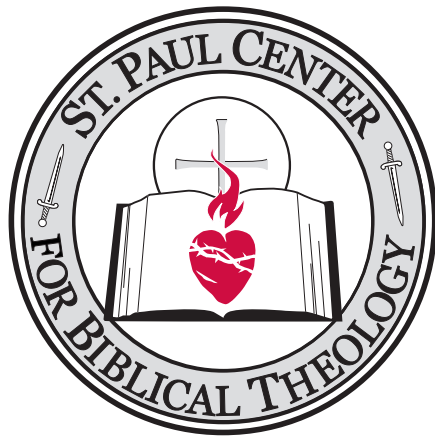
Dios quiere que todos se salven, hasta a los reyes y príncipes, incluso los amigos del dinero (Lc 16,14). Pero no podemos servir a dos amos. Por su gracia, debemos elegir ser “siervos del Señor”, como cantamos en el salmo de este domingo.

Le servimos si usamos lo que él nos a encargado dando limosnas, levantando a los humildes del polvo y estércol de este mundo. Por estas obras ganaremos lo que es nuestro: ser bienvenidos en las moradas eternas, en las muchas mansiones de la casa del Padre (cfr. Jn 14,2).

Al Partir el Pan

Reflexiones Bíblicas Sobre Las Lecturas De Las Misas Dominicales

30 de septiembre. 26° Domingo de Tiempo Ordinario



Publicación en español de la

**ST. PAUL CENTER
FOR BIBLICAL THEOLOGY**

President
Scott Hahn, Ph.D.

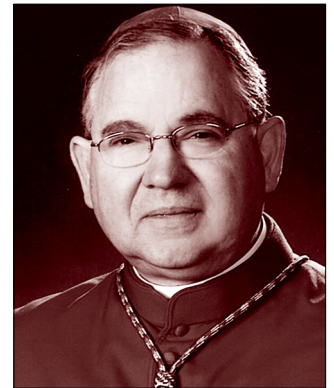
Editor
David Scott

Email:
office@SalvationHistory.com

Translators
Msgr. Richard Antall,
Andrés Jiménez

St. Paul Center
for Biblical Theology
2228 Sunset Blvd., Suite 2A
Steubenville, Ohio 43952-2204

Un gran abismo
Mons. José H. Gomez, S.T.D.
Arzobispo de San Antonio



Amós 6,1.4-7
Salmo 146,7-10
1 Timoteo 6,11-16
Lucas 16,19-31

Los ricos y poderosos son visitados por el infortunio y el exilio en la liturgia de este domingo; no por su riqueza, sino por negarse a compartirla; no por su poder sino por su indiferencia a los que sufren ante su puerta.

Los muy cómodos líderes de la primera lectura se dan banquetes de finos platillos y vinos deleitándose, mientras la casa de José, el reino de Israel (cfr. Am 5,6), se colapsa a su alrededor. El hombre rico del Evangelio también vive como rey, vestido de púrpura real y lino fino (1 M 8,14).

El hombre rico simboliza el fracaso de Israel en mantener la antigua alianza, en obedecer los mandamientos de Moisés y los profetas. Ese es el pecado de los gobernantes en la primera lectura de esta semana. Nacidos en la nación favorita de Dios, ellos podrían clamar a Abraham como padre; pero ya que no son capaces de dar, les es quitada su herencia.

Los gobernantes son exiliados de su patria. El hombre rico es castigado con un exilio mucho mayor: una eternidad en la que existe un “gran

abismo” entre él y Dios. En este mundo, los ricos y poderosos se hacen famosos (cfr. Gn 11,4) y cenan suntuosamente, mientras los pobres permanecen anónimos, rechazados de sus banquetes.

Pero es notable que, en el Evangelio, el Señor conoce a Lázaro por su nombre, y a José en sus sufrimientos, mientras los líderes y el hombre rico no tienen nombre.

La liturgia de este domingo es una llamada al arrepentimiento, a poner atención a Aquel que fue levantado de los muertos. Él nos promete que, para permanecer unidos a la vida eterna, debemos practicar la justicia, cumplir el mandamiento del amor, a lo que Pablo exhorta en la epístola de hoy.

“El Señor ama a los justos”, cantamos en el salmo de este domingo. Y en esta Eucaristía pregustamos el amor que será nuestro en la otra vida, cuando Él levantará los humildes para llevarlos al banquete celestial con Abraham y los profetas (cfr. Lc 13,28), donde también nosotros recostaremos la cabeza en el pecho de nuestro Señor (cfr. Jn 13,23).